

ANTONIO.—Padre desnaturalizado.

JULIANA.—¿Pero a mí qué sueldo me has puesto?

JAIME.—Te pondré 100 pesetas al mes.

JULIANA.—Bueno; y quince duros para la compra, y no me pidas cuentas.

JAIME.—Pero a ver qué nos das de comer... Que tu madre, como es así, es capaz de darnos por quince duros acelgas para todos.

DONCELLA.—A mí esto me divierte, no lo puedo remediar. Yo ahorraré para aprender inglés y taquigrafía; éste para las oposiciones... Y mamá..., bueno, mamá se debe quedar para siempre de cocinera...

JULIANA.—Oye, niña: ¿eso es lo que miras tú por tu madre?

JAIME.—Yo os pido que toméis esto en serio. Después de todo no es más que una pirueta de las muchas que hemos dado en la vida. Y, además, oídme. Os servirá para no ser nunca déspotas ni autoritarios con la servidumbre, como un día lo fuisteis.

JULIANA.—Pero...

JAIME.—Lo fuisteis. Tú la primera. Y te servirá a ti, sobre todo a ti, hijo mío, para disculpar a los criados cuando los vuelvas a tener y te roben los pitillos, como estás haciendo ahora tú. Aquí os quedáis vosotras; pero no quiero dejaros con esas caras. Os he dejado reflexionar antes y habéis querido venir... Bobos, más que bobos. Si hoy en día en una casa elegante mandan más los criados que los señores. ¡Menuda bicoca es ser criados! Conque ya lo sabéis: Tú a barrer, hijita, y tú a cepillar, Antoñito, y tú a sisar, Juliana. Pero con cariño... Ya volveréis a ser señoritos y entonces ya veréis cómo en vez de avergonzaros os sentís orgullosos de esta valentía con que afrontasteis la miseria.

ANTONIO.—Pero papá...

JAIME.—No me llaméis papá... No soy vuestro padre... Si lo fuera habría sabido teneros como príncipes, y bastante dolor es este de teneros que tener como criados. (Vase.)

ANTONIO.—Se va llorando papá...

DONCELLA.—No debemos hacerle sufrir.

JULIANA.—Sobre todo, debemos esperar a ver lo que pasa con el nuevo huésped.

DONCELLA.—Yo seré la encargada de cuidar de su dormitorio. ¿Qué te parece que intente timarme con él?

ANTONIO.—Me parece una estupidez.

JULIANA.—Silencio, que vienen. Vámonos nosotras.

ANTONIO.—Yo iré en seguida. (En alto.) Adiós, peque. Adiós,